

El exilio como estado. El itinerario exiliar hacia la fluidez subjetiva en Cristina Peri Rossi

Exile as a State. The Exile Itinerary towards Subjective Fluidity in Cristina Peri Rossi

Juan Ignacio Arias Krause

Instituto de Filosofía, Universidad Católica Silva Henríquez, Chile

ORCID: 0000-0001-8985-9732

Date of reception: 16/01/2024. **Date of acceptance:** 11/06/2024.

Citation Arias Krause, Juan Ignacio. "El exilio como estado. El itinerario exiliar hacia la fluidez subjetiva en Cristina Peri Rossi". *Revista Letral*, n.º 34, 2024, pp. 86-111. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi34.29960>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

El exilio, en la poeta uruguaya Cristina Peri Rossi, se presenta como una particular condición ontológica, cuyas consecuencias, al socavar su estructura subjetiva, determinan tanto su modo de relación con las cosas como con la creación literaria, estando cada uno de estos elementos (sujeto, relación con lo otro, obra de arte) íntimamente relacionados. Se analiza esta relación estructural, a partir del poemario Estado de exilio (escrito a la par de la partida exiliar, pero publicado casi 30 años después) siguiendo paso a paso el periplo descrito por la poeta, que se compone de cuatro momentos: dolor-castración-integración-amor. Para interpretar estas etapas, se utilizan categorías tomadas del psicoanálisis, pues describen cómo el rebajamiento del sujeto operado en el castigo exiliar posibilita el acceso a una dimensión acallada en el universo cultural y simbólico, que rompe las estructuras rígidas y duales del sujeto, para abrirse a la fluidez de las vivencias libidinales.

Palabras clave: Cristina Peri Rossi; Exilio; Psicoanálisis; Estado de exilio

ABSTRACT

Exile, in the Uruguayan poet Cristina Peri Rossi, is presented as a particular ontological condition, whose consequences, by undermining its subjective structure, determine the way of relating to things and literary creation too, being each of these elements (subject, relationship with the other, work of art) closely related. This structural relationship is analyzed, based on the collection of poems State of Exile (written at the time of the exile departure, but published almost 30 years later) following step by step the exile journey described by the poet, which is establish of four moments: pain-castration-integration-love. To interpret these stages, we use categories taken from psychoanalysis that describes how the subjective abasement carried out by exile makes possible the access to a silenced dimension in the cultural and symbolic universe, which breaks the subject's rigid and dual structures to open him to the fluidity of libidinal experiences.

Keywords: Cristina Peri Rossi; Exile; Psychoanalysis; State of exile



Introducción

Y es la hora, oh Poeta, de declinar tu nombre, tu nación y tu raza...
 Saint-John Perse

Cristina Peri Rossi (en adelante CPR) al iniciar el prólogo del poemario *Estado de exilio* (2003) hace referencia a la raíz de la palabra exilio: “ex significa, precisamente, quien ya no es, ha dejado de ser. Es decir, quien ha perdido toda o parte de su identidad” (7). El título del poemario ahonda en este quiebre al señalar que esta condición se encuentra en la exiliada como un estado, esto es, siguiendo su etimología latina, *stare*, “‘estar de pie’, ‘estar inmóvil’, ‘estar firme’, ‘estar’” (Moliner 109). Encontrarse en un “estado de exilio” conlleva un permanente estar no siendo, ser alguien que ya se ha ido o con referencia a algo o alguien que se fue. CPR agrega en el “Prólogo” del libro que esto perdido, lo que ha dejado de ser, es toda o parte de la identidad. Precisamente los fenómenos que han de declinar en el verso del epígrafe de Perse (del poema extenso que se llama, justamente, “Exilio”): la individualidad identificada con el nombre; la nación como expresión de la identidad cultural y la raza como identificación natural de un pueblo. En sintonía con el verso de Perse, CPR expresa con mayor minuciosidad el proceso de desvinculación que se alcanza mediante el exilio: “El exilio cuestiona, en primer lugar, la identidad, ya que desvincula de los orígenes, de la historia particular de una nación, de un pueblo, desvincula de una geografía, tanto como de una familia, de una calle, de una arboleda o de una relación sentimental” (7).

Ambos verbos utilizados (declinar, desvincular) apuntan a un proceso. Pues aun cuando los diversos exilios ocasionados por las dictaduras del Cono Sur en la segunda mitad del siglo XX fueron realizados de manera radical, como un corte violento, el mismo exilio opera también como un proceso subjetivo, cuyo carácter de corte se torna permanente. El corte es, precisamente, lo propio de este proceso, configurándose en sí mismo en la condición del sujeto exiliado. Quizás por ello el exilio se torna un estado, una forma de estar en la realidad, y la identidad declinada o desvinculada se haya trastocada en esta fisura, llevando al sujeto a un estado abyecto.

El exilio como estado ha sido trabajado por Jean-Luc Nancy (35), quien ve una relación esencial en el *ex-* que le es común tanto a exilio como a existencia. Nuestra existencia tiene

como propiedad ser un exilio¹. A través de la “x”, presente en el “ex” común a exilio y a existencia, se puede hacer la referencia a la narrativa de Cristina Peri Rossi, en particular a la obra *La nave de los locos*, donde “Equis” (de “Extranjero. Ex. Extrañamiento” [12]) cobra una significación peculiar al ser tanto la figura central de la obra, como por representar las perplejidades del exilio. En efecto, a través de esta figura y de los cruces con otros personajes, las distintas experiencias y espacios en los que habita, se exploran las condiciones del desarraigo exiliar, siendo la propia poeta la que sostiene que esta novela es “una gran alegoría sobre el exilio” (Prinz 2010). Sin embargo, pese que el análisis comparado entre la obra narrativa y la poética de Peri Rossi añadiría complejidad a la investigación, hemos obviado la obra narrativa, en primera instancia, por existir una cantidad extensa y excelente sobre ella (por ejemplo: Díaz-Dávalos 2018; Cid 2012; Cánepa 1989; Calafell 2009; Moraña 1986) y, en lo fundamental, por haber optado por otro acercamiento analítico a través de su obra poética.

León y Rebeca Grimberg, en su libro *Psicoanálisis de la migración y del exilio*, han distinguido tres etapas (nunca lineales ni claramente definidas) del proceso migratorio: la primera, se encuentra dominada por el dolor por todo lo perdido, el que gatilla vivencias de soledad y desamparo; en la segunda, se toma distancia con el dolor, aflora la nostalgia y es cuando se puede incorporar lentamente al nuevo espacio y a la nueva cultura en el que se inserta; en tanto que en la tercera etapa se logra la “recuperación del placer de pensar, desear, y de la capacidad de hacer proyectos de futuro”, en la que se sufre la tirantez con el pasado, pero ya no se asume de manera ideal (Grimberg y Grimberg 99-100).

Este proceso concuerda en varios puntos con el modo en que CPR ha caracterizado su propio periplo exiliar, entendido como un proceso de cuatro etapas: “dolor-castración-integración-amor a la ciudad adoptiva” (10). Lo propuesto en este artículo es recorrer estas etapas, utilizando en cada una de ellas versos guías tomados del libro *Estado de exilio*, que servirán

¹ A nuestro juicio, sin embargo, es necesario tener precaución en ontologizar la condición exiliar, pues se corre el peligro de depurarla de su contenido político. El castigo por exilio fue sufrido por miles de hombres y mujeres, cuya pena determinó su modo de estar y de ser en el mundo, condicionó su subjetividad, difuminándola en muchos casos, fortificándola en otros.

como detonadores para pensar el problema. Para establecer la hipótesis de trabajo se ha utilizado la concepción del exilio como “una fractura subjetiva” (presentada por García y Saal [7], quienes utilizan la expresión de Eduardo Foulkes), que resquebraja y corta la identidad, siendo esta una fractura que ahondará en sí misma para diluir la estructura subjetiva.

A partir de esta concepción se ha trabajado particularmente desde la experiencia legada por CPR en *Estado de exilio*. Salvo en la última sección, donde hemos recogido algunos versos de *Diáspora*, se ha considerado que el libro escrito en 1972 y publicado 2003 contiene de manera condensada la expresión del itinerario expuesto en su “Prólogo”. Conceptualmente, nos hemos valido del pensamiento psicoanalítico, en primera instancia clásico, tomando como referentes a Freud y a Lacan, para luego asumir voces que, aunque continúan con la tradición, se manifestaron críticas a la idea del falo como el significante universal del goce. Esta salida ha sido fundamental en el escape de la castración, pues si se piensa el exilio como una renovación metafórica de la idea de la castración, donde ya no sería el padre el castrador, sino el Estado político, se renovaría, una vez más, la tragedia fálica, cuya lógica de adaptación (revelarse o aceptar la represión) siempre culminará en su dominio. A través del momento de la integración se abrirá una posibilidad de escape a esta lógica, en la que no se asume ninguna de las dos posiciones, sino que opera un hundimiento abisal en la escisión ocasionada por el exilio. Será la libido (lo que “nos salva [es] la libido”, sostiene la poeta uruguaya) la que capitaneará el último momento del proceso, que, lejos de fortalecer al sujeto, lo diluirá en un yo fluido, en el que, y por el cual, acontece la obra poética.

I. Dolor

*Tengo un dolor aquí,
del lado de la patria*
CPR

La tragedia de Sófocles, *Edipo Rey*, inicia su trama con el hecho consumado de una epidemia que azota a Tebas. El mal ya se encontraba en la ciudad y la manera de remediarlo, había revelado el oráculo de Delfos, era encontrar a los asesinos de Layo, otrora rey de Tebas, y vengar su muerte. Edipo promete vengar la muerte del antiguo soberano, no solo por fraternidad hacia aquel

desconocido muerto, sino para protegerse del criminal. El miedo recorre al que era considerado “el mejor de los mortales” (Sófocles 313), pues intuye que si hubo alguna causa que provocó la muerte del antiguo rey, esta podría acarrear la suya². Solucionar la epidemia era, al propio tiempo, salvarse a sí mismo, pues el fondo de ambas tenía un origen común.

La descripción del estado en el que se encontraba la ciudad de Tebas es significativa:

La ciudad, como tú mismo puedes ver, está ya demasiado agitada y no es capaz todavía de levantar la cabeza de las profundidades por la sangrienta sacudida [...] Además, la divinidad que produce la peste, precipitándose, aflige la ciudad. ¡Odiosa epidemia, bajo cuyos efectos está despoblada la morada Cadmea, mientras el negro Hades se enriquece entre suspiros y lamentos! (Sófocles 312).

Este retrato de la peste puede compararse, sin hacer gran esfuerzo, a la condición en que quedaron los países con otras catástrofes acontecidas en el Cono sur en la segunda mitad del siglo XX, como fueron las dictaduras cívico-militares. El lamento final del fragmento es elocuente al describir los efectos de la peste: despoblación de la región de Cadmo y cuantiosas muertes, que inundan el reino del inframundo, precedido por Hades. Entender las dictaduras cívico-militares como una epidemia contiene una doble metáfora: la primera, y más evidente, es el modo cómo se expandieron por el continente americano y las consecuencias terribles que dejaron; la segunda, es debido a que su acción dará como resultado un producto semejante al complejo de Edipo de la teoría freudiana: la sensación ominosa de una castración, esta vez, social. La causa de ambas es el resultado de la muerte de una persona, el padre de Edipo, y de la cópula con otra, su madre. “La Peste en Tebas’ –sostiene Fidias Cesio– corresponde a la presentación ‘actual’ de lo que pertenece al incesto sepultado, al muerto, a la tragedia que se presenta como lo siniestro” (3). La Peste en cuestión representa una actualización permanente del hecho trágico, que se repite cada vez que las consecuencias del incesto y del fratricidio acontecen, y su resultado es la imposibilidad de

² “[N]o para defensa de lejanos amigos sino de mí mismo alejaré yo en persona esta mancha. El que fuera el asesino de aquél tal vez también de mí podría querer vengarse con violencia semejante. Así, pues, auxiliando aquel me ayudo a mí mismo” (Sófocles 316).

satisfacción. De modo que la epidemia opera de doble manera: por un lado, objetivamente, en la realidad, causa calamidad en la ciudad, y la otra, en el sujeto, fractura su estructura interna. Sin embargo, hay que destacar que la peste es la consecuencia de un acto mortal que produce un corte que se actualizará constantemente como proceso.

En este sentido, los versos que abren esta sección y con los que da inicio el poemario *Estado de exilio*, ponen en evidencia esta cualidad patente, al graficar la presencia del dolor provocado por el exilio en la poeta uruguaya. Ese dolor que tiene “del lado de la patria” señala algo presente, actual, que apunta a una patria que está *aquí*, en la persona, en su país de acogida al otro lado del Atlántico, y, por obviedad, no en una allá, en América. La patria es huidiza, no se ha quedado en esa porción de tierra, sino que pertenece a la subjetividad que la transporta, con todo el peso que ello significa. La etimología es elocuente: *pater, patris*, la patria es la tierra de los padres, del padre, ese muerto que ha quedado sepultado en el fondo de uno mismo, después de haberlo asesinado, y que constantemente asoma de las profundidades. Sin embargo, pese a la culpa que contiene esa muerte, el muerto no ha sido inocente: antes de ser víctima era victimario. Es precisamente él quien ha arrebatado la posibilidad del goce, de la singularidad, y lo ha insertado en el lugar común, en el universo de lo simbólico. El primer gran dolor viene del padre, es el que realiza el primer gran corte, la primera castración de la que habla el psicoanálisis, para insertar al sujeto en la cultura, en la lengua, en la ética, la moral y en las costumbres, en aquello que podemos denominar patria, sin tinte alguno de nacionalismo. Es lo que nos hace común a otros, identificándonos con ellos. Acá eso común es lo más inmediato, lo cotidiano, reflexionado por Humberto Giannini: “Lo banal, lo insignificante, posee por lo general un fondo significativo: sedimento de experiencias sepultadas ‘en vida’, removidas o esencialmente remotas, en cuanto la conciencia individual no reconoce ni asume como tuyas. Y que, sin embargo, operan al amparo de esa conciencia inadvertida y echan sus raíces hasta el fondo de ella” (Giannini 51).

En mirada retrospectiva, CPR le otorga un sentido primario a cada uno de los elementos cotidianos, que, como sostiene Giannini, operan de manera inadvertida en el usual hacer con ellos, pero que en su ausencia cobran gravedad:

Una casa
un cuadro
una silla
una lámpara
un ligustro
el sonido del mar perdidos,

pesan tanto como la ausencia de mamá (27).

La pérdida le proporciona un peso específico a aquello usual en lo que se habita y es ella la que propicia que lo familiar previamente ganado, de modo inconsciente, se torne consciente. La relación con la “mamá” y una suerte de equiparación entre ella y este universo “insignificante” de cosas le otorga un elemento desconcertante al poema, pero también revelador y significativo a la sensación de pérdida y ayuda a dimensionar el dolor sentido, pues cumple con una función. El universo de la “mamá” es el de la acogida, del cuidado y el de la contención. Evidentemente, ya no hablamos de la relación primaria del bebé con la madre, y de la función materna realizada por esta, y cuya separación acontece tras el Edipo. Sin embargo, dentro de la red metafórica que estamos implementado, la separación de este otro universo cotidiano, que fuera ganado y logrado tras la fase edípica, funciona de manera similar a aquella otra castración, y el dolor que produce, provoca, a su vez, algo semejante a la angustia de castración.

Algo significativo acontece en esta separación (siempre forzada en el caso exiliar) ocasionada por el corte, puesto que, con ella, existe una suerte de (falsa) elección: quedarse en la patria –en lo común y lo materno– es una opción por la muerte; en tanto que la retirada, el exilio, es una opción por la vida y por el principio de realidad. La dimensión placentera (recuérdese que el principio de placer es entendido como una nivelación en la economía libidinal) es reemplazada por la sensación de displacer, el propio dolor, que rompe con la estabilidad y provoca un desequilibrio en el sujeto. En este sentido, continuamos insertos en la escisión provocada por la peste: por un lado, en lo objetivo, la nueva espacialidad en la que se mueve el exiliado, manifestará una errancia en lo desconocido; por otro, en lo subjetivo, en una herida interna que punzará por no poder satisfacerse nuevamente. Nos movemos en el registro de la castración.

II. Castración

*El espacio me angustia como a los gatos
Partir
es siempre partirse en dos.*

CPR

La experiencia más inmediata y evidente, en la que por lo general se sitúa a los exiliados, es la experiencia espacial. Un día están en su país de origen, en sus calles cotidianamente transitadas, y otro día se encuentran en un país muchas veces desconocido, mirando en cada esquina un nombre nunca visto³. Entre el ayer conocido y el hoy desconocido pareciera que no hay tránsito, hay un continuo difuminado, que, por clandestino e ilegal en muchos casos no puede ser contado, pues, en más de una ocasión, la entrada al país de llegada se ha hecho por vías que no son reconocidas por ese país⁴. León y Rebeca Grinberg hablan de la ausencia de rito en la partida del exilio, debido a que los exiliados en ocasiones tienen que partir sin un adiós, apurando el paso y sin mirar hacia atrás⁵.

A los exiliados les falta generalmente este rito protector de la despedida. En la mayoría de los casos tienen que partir de forma precipitada y abrupta. A todas sus angustias se añade la provocada por la carencia de la despedida, lo cual hace que experimenten su partida como un atravesar la frontera entre el reino de los muertos y el de los vivos (150).

³ Las distintas pérdidas sufridas por los y las exiliados conducen a la privación del sentido de pertenencia, tematizado por Fanny Blanck-Cerejido de la siguiente manera: “El exiliado se ve privado de su propia pertenencia. Este sentimiento de pertenencia tiene un aspecto intrapsíquico relacionado con la propia fantasía del sujeto, con las representaciones que tiene de sí mismo, con la construcción de la historia de sus vínculos y con otros aspectos que dependen del lugar, el espacio y el tiempo, así como de un código compartido que conforma un entorno familiar y sociocultural personal y particular” (849).

⁴ En su poema *Los exiliados II*, en referencia a la clandestinidad, CPR escribe: “andamos sin pasaporte, / ni documento de identidad” (36).

⁵ Algo semejante a lo ocurrido en la escena bíblica del Génesis (19), cuando Lot con su familia deben huir de Sodoma sin mirar atrás, pues el mirar atrás era parte de la prohibición exiliar. En este caso, con todo, existe una inversión de roles: el exilio es para salvarlos y no persecutorio, como ocurre en las dictaduras políticas.

La imagen utilizada es significativa, pues se condice con lo que decíamos en la sección anterior, ese “atravesar la frontera entre el reino de los muertos y el de los vivos” es la elección forzada realizada en favor de la vida contra la posibilidad de la muerte (muchas veces con seguridad). Sin embargo, el conflicto acontece cuando ese tránsito, ese pasar de la muerte a la vida, no se da como fiesta, como algo digno de celebración, sino con dolor y angustia⁶. Sin este episodio necesario, el círculo lejos de cerrarse, se rompe o, dicho en el lenguaje que utilizamos para referirnos a este momento, se corta. El corte es estructural y aunque la ruptura que establece ya es suficientemente dura entre la vida pasada con la presente, también articulará la futura, aunque de un modo diverso a la brecha espacial realizada por la salida forzada del país. La separación producida se hunde en la propia subjetividad del exiliado, provocando una detonación temporal e inclusive hace desaparecer la concepción de futuro. Fenoménicamente se expresa en ciertas experiencias comunes a algunos y algunas exiliadas, como un “siempre estar partiendo” o “siempre estar volviendo” al lugar de origen, con las maletas nunca desempacadas y siempre listas para el retorno.

En el caso de CPR, en una afección nostálgica del no querer volver a partir del lugar de acogida, por no caer en nuevas nostalgias y no querer cortar las ya existentes: “Pero mire, yo no regresé. Me quedé aquí. No quería repetir la experiencia de añoranza, no quería sentir una nostalgia diferente. Soy muy querenciosa con mis nostalgias, prefiero tener siempre las mismas; convivo con ellas, no quiero convivir con otras” (*Estado de exilio* 10).

Si, como señalan los versos guías de esta sección, “partir / es siempre partirse en dos”, una nueva partida –el desexilio (utilizando el término de la poeta)– conllevaría otro corte. Como se ha dicho, el corte se hunde en la subjetividad de la exiliada estructurándola y se torna una presencia, en principio incómoda, que permeará toda la experiencia posterior. Yolanda Gampel ratifica la idea del corte que significa la experiencia exiliar:

⁶ Siguiendo con las referencias bíblicas, este paso del reino de los muertos a los vivos contrasta con la actitud del padre de la célebre parábola del hijo pródigo, quien al ver al hijo descarriado regresar lo recibe con la mayor de las fiestas, pues dada la larga ausencia lo daba por muerto. Al recibir el reproche de su otro hijo por el despilfarro, este le responde: “era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se había perdido, y es hallado” (Lucas 15:32).

Cualquiera sea su modalidad, el exilio conlleva siempre un corte violento que puede causar pánico, rabia, confusión e impotencia y que, más allá de cierto umbral, puede producir escisiones e, incluso, demoler una identidad. Es la caída en la errancia. Un cambio catastrófico y el miedo al derrumbe, al vacío, a la locura y a la muerte invaden la escena interna (67).

Las descripciones son expresivas y al mismo tiempo conmovedoras. El corte provoca consecuencias en lo exterior, espaciales, como hemos dicho, pero también sobre las emociones, hasta el punto de poder “demoler una identidad”⁷. El corte inaugura una nueva etapa, en la que cada proceso estará caracterizado por un vacío estructural provocado por él. Sin embargo, dicho vacío es ideal, por ello es estructural. Como sostiene J. D. Nasio, la castración más que una realidad es “la idea de que lo esencial puede faltarle” (154). En estricto sentido, nadie ha sido castrado como castigo por haber deseado a su madre, por eso el aparecer de este complejo no se da como corte real, sino como angustia a perder o ser arrebatado de eso esencial.

En efecto, la aparente incongruencia que existe entre lo nunca acaecido y la eternamente remontante angustia a su aparecer, establece la fijación, no ya en el fenómeno sino en la estructura del sujeto. El miedo es el que se apodera de él y por ello se opta por una satisfacción simbólica, primero, para que no se produzca el hecho y, luego, para poder estar abierto a una nueva satisfacción. Dicho de modo más preciso: la renuncia al goce es lo que otorga la posibilidad de placer, movimiento que se produce justamente por el miedo a la castración y no por la castración.

Resulta evidente que la referencia a la castración realizada por CPR no apela al universo imaginario del falo como alusión al significativo universal del goce, sino a lo construido a partir de esa

⁷ Dado que la idea de identidad tendrá importancia en el desarrollo que haremos posteriormente en relación con la caída de la dimensión del sujeto, nos ajustamos a la concepción de identidad expuesta por Enrique Guinsberg (apoyado en otros autores), la cual, tal como hemos hecho acá, se encuentra vinculada a la idea de cotidianidad: “Para Lira y Kovalskys ‘el concepto de identidad no es otra cosa que una conceptualización referida al individuo de lo que hemos venido estudiando bajo el nombre de cotidianidad’, que por supuesto se modifica, a veces radicalmente, en los cambios de residencia como los aquí estudiados, por lo que ‘reelaborar una nueva identidad significa construir a niveles del Yo una nueva percepción del sí mismo de partida de un cambio en la experiencia de la vida cotidiana’. Aunque no se menciona por considerarse parte integrante de la situación, implica el vínculo con una nueva realidad que primero debe reconocerse y luego asimilarse” (168).

perdida, al ingreso del Edipo, esto es, al universo simbólico en el cual ya se habita. La castración articula el proceso de paso de una instancia subjetiva a otra: una vez que los padres pierden su primera referencialidad atávica (ser objeto de deseo y objeto de odio) acontece la identificación con ellos. Se elige la supervivencia (o, al menos, la no pérdida de los genitales) por sobre el deseo y, con ello, se hace ingreso al universo tutelar y cultural. “Al no haber podido poseerlos sexualmente, asimila la moral de los padres. En virtud de esta incorporación, el niño integra en sí mismo las prohibiciones parentales que impondrán a partir de entonces. El resultado de este paso de la sexualidad a la moral es lo que llamamos el superyó” (Nasio, 46). La idea de moral la entendemos acá en sentido amplio y cultural, como la ética tanto privada como pública de una sociedad específica, la que comprende sus costumbres y modos en sentido amplio, y que establece los marcos de acción del sujeto en relación con los otros.

En este sentido la analogía antes realizada entre el exilio y la Peste de Tebas tiene el fin de precisar cómo la acción de las dictaduras cívico-militares puede operar de manera semejante a los contenidos propios del complejo de Edipo, y, más precisamente, de entender el exilio como castración. En este sentido, la relación funciona, pues la castración en la teoría analítica es la consecuencia del Edipo, de igual modo como el exilio es consecuencia de la dictadura, uruguaya en este caso. La estructura ideal de la castración refuerza su actualización, y los modos cómo queda resquebrajada la relación con los otros y con las cosas.

Lo expresado de manera teórica es narrado con suficiente claridad por la poeta uruguaya:

Cuando dejé Montevideo a bordo de un barco de bandera italiana tenía, fundamentalmente, un temor: no poder volver a escribir. Que mi identidad de escritora sufriera una ruptura tan abisal que me indujera al silencio. Dicho de otro modo: el exilio como castración. (La castración con todas sus metáforas es el fantasma que cualquier pérdida pone en evidencia) (*Estado de exilio* 8).

La castración acontece como miedo, como la posibilidad de que algo ominoso que espera por salir a la luz prive de toda posible satisfacción. Miedo que se refleja en ese balbuceo frágil, aspirado, lleno de silencios, del poema homónimo al libro:

muy pronto tan lejos bastante mal
siempre
dificultad palabras furiosa largo
extraño extranjero qué más el árbol
solo miro diferente

todo
fuera más humano (29)

El poema pareciera la declaración de alguien que se encuentra en estado de shock, al que se le preguntan cosas y solo atina a formular palabras entre sollozos y tartamudeos, algunas aparentemente inconexas, pero que apuntan tanto al hecho que provocara ese estado, como a sus consecuencias. Posee también cierta apariencia de asociación libre. Beatriz Calvo señala que el poema apunta a una dislocación de la identidad patente en la escritura: “en el poema ‘Estado de exilio’ no hay mayúsculas, ni signos de puntuación, ni frases coherentes. Incluso la tipografía del poema muestra frases dislocadas y palabras sueltas separadas por espacios asimétricos” (s/n). En lírica no solo las palabras, sino que la hoja también expresa, y los espacios de un poema son silencios que hablan. El poema debe ser leído tanto por lo dicho como por lo no dicho. Las ausencias gráficas son las que manifiestan los quiebres producidos al interior de la persona y el dolor, que se concentra en la garganta e imposibilita el aparecer de la palabra o una ordenación lógica (consciente) de la misma. Beatriz Calvo advierte a continuación que la dislocación en la escritura manifiesta la condición ontológica del sujeto:

Ser una exiliada es, por tanto, vivir en un estado de extrañeza, de cambio, de movimiento, con dificultad, pero que permite a la autora mirar de manera diferente. En el centro de gravedad de este poema dislocado encontramos una palabra clave que sirve a un tiempo de equilibrio y de filtro para ver y expresar todo lo que se mueve a su alrededor: ‘palabras’, es decir, la lengua (s/n⁸).

Las dos formas de palabras registradas, palabra-hablada (esto es, la lengua, materna o adoptada) y palabra-escrita, se

⁸ Tomando en consideración los aportes de Beatriz Calvo, Marina Popea, realiza una interesante lectura del poema, donde aborda, a partir del análisis sintáctico del texto, para abordar la desarticulación del lenguaje operada en él (cf. Popea 198-199).

inscriben dentro del universo simbólico que establece un entramado de relación: castrado el sujeto exiliado, perdido en el universo espacial –frágil, errabundo, abyecto–, la palabra surge como el único asidero de su frágil realidad: “Sin embargo, sin darme cuenta, ocurría lo contrario: como toda experiencia que concierne a la personalidad entera, y a cada una de sus partes, el exilio me pidió palabras, me pidió escritura, me pidió fijar las emociones” (Peri Rossi, *Estado de exilio* 8).

La salida al complejo de castración es a través de las formas de satisfacción proporcionadas por el universo simbólico. Este nos ancla en el mundo y nos construye a semejanza suyo: en la cultura, las costumbres y la moral. Nos volvemos comunes a otros en esta patria que es lo cotidiano. La segunda castración realizada por el exilio, que arrebatada de este lugar común, difícilmente se transforma en adaptación a un nuevo país, y a las costumbres de este. Él o la exiliada deberán cargar con esto. La operación simbólica no es la de adaptación en otros países (como acontece con los inmigrantes⁹) sino que es la de supervivencia¹⁰. En el país de acogida, aunque ya sin riesgo de vida, se sigue sobreviviendo, luchando para que el dolor se mantenga estable, pues dejarse llevar por él, por el displacer, conduce a dejarse caer en la pulsión de muerte. Por ello, la vuelta simbólica que realiza CPR quizás realiza una operación contraria: no a la posible satisfacción simbólica, cultural, sino en un “fijar las emociones” *ad intra*, no hacia el exterior, sino interiorizando la castración, para volver a un estado previo a esta.

III. Integración

*Me di cuenta de que estaba enganchada a una lengua
como a una madre*

CPR

Pareciera que la nostalgia y el dolor, más que de Uruguay, provienen de su capital Montevideo, de la ciudad que CPR habitara

⁹ Nelda Felber-Villagra es quien sostiene esta tesis: “los mecanismos defensivos de la emigración están en función de la adaptación y los del exilio en función de la supervivencia” (54).

¹⁰ De esta condición, CPR declara: “somos intrusos numerosos desgraciados / sobrevivientes / sobrevivientes / y a veces eso / nos hace sentir culpables” (*Estado de exilio* 36).

y que, a diferencia de la patria, tiene un rasgo evanescente y de ensueño (“¿Existió alguna vez una ciudad llamada Montevideo?” (18)), cuyo aparecer onírico es reforzado en el poema dedicado a ella: “La ciudad que aparece en mis sueños / accesible y lejana al mismo tiempo” (68). Curiosamente a lo largo del libro *Estado de exilio* (del poemario específicamente, sin su prólogo) Uruguay solo aparece una sola vez nombrado (sí, en cambio, se encuentra su gentilicio en otras oportunidades), y con el fin de cualificar la lengua, a la cual elogia y le proporciona una presencia materna. Así lo hace en el poema que lleva el nombre de, precisamente, *Elogio de la lengua*.

Me vendió un cartón de bingo
 y me preguntó de donde era.
 «De Uruguay», le dije.
 «Habla el español más dulce del mundo»,
 me contestó mientras se iba
 blandiendo los cartones
 como abalorios de la suerte.
 A mí, esa noche,
 ya no me importó perder o ganar.
 Me di cuenta que estaba enganchada a una lengua
 como a una madre,
 y que el salón de bingo
 era el útero materno (65).

A lo largo de *Estado de exilio*, lo cotidiano actúa como un detonador que actualiza la fractura provocada por el dolor, acá representada por un juego de azar. Son significativos los elementos reunidos en este poema: suerte, idioma, lenguaje, la madre, cada uno entrelazados con el otro. La lengua elogiada no es la universalizable, no es el español como idioma (ese que se ha convertido en la segunda lengua materna más hablada del planeta [Fernández 5]) sino el uruguayo (“hablaban uruguayo, igual que yo”, 47), lo que implica tanto su particular modo de relacionarse con las cosas, además de su peculiar sonoridad. La lengua, a su vez, la reinstala en el registro materno, en lo íntimo y lo propio.

Es a través de este registro que podemos introducirnos en la integración que opera como el tercer momento en el proceso exiliar referido por CPR, que se da a través de la lengua escrita, la palabra como escritura, vuelta poesía y literatura. Esto lo que expresa de manera vivencial:

El exilio ha sido la experiencia más dolorosa de mi vida y también la más enriquecedora. Con el dolor podemos hacer dos cosas: convertirlo en odio, en rencor, o elaborarlo, sublimarlo y convertirlo en crecimiento, poesía, literatura, fraternidad, solidaridad con las víctimas. Éste fue mi camino (Roffé 234).

La literatura en este caso surge como resultado de una acción previa, que opera –nos atrevemos a sostener– de manera más inconsciente que consciente, sea la opción que se asuma (odio o crecimiento, rencor o poesía), pero cada una de las dos posibilidades se mueve en un registro inconsciente disímil. En el primero, el odio y el rencor anclan al sujeto en el registro del Edipo, en la represión y en la angustia de la castración, al sometimiento a la ley impuesta, cuya opción por luchar contra ella o someterse son caminos diversos, pero en el fondo muestran su punto límite en el carácter normativo y universal, propio del superyó. En el segundo, en cambio, en la conversión del dolor en “crecimiento, poesía, literatura y solidaridad”, opera un hundimiento abisal, cuyo límite se encuentra más en las profundidades que el Edipo y, por otro, insinúa ya su salida, a través de la reorganización libidinal.

Esto plantea un problema central, que renueva la crítica feminista al psicoanálisis de los años sesenta del siglo pasado, la que cuestionó la posición preeminente del falo como significante del goce. La duda sembrada en torno a este concepto repercutió en la comprensión de las dinámicas psíquicas y sexuales, ya que tanto el rechazo como la sumisión al falo implicaban una adaptación simbólica. Esta controversia se vio profundizada por los planteamientos de Jacques Lacan en los años setenta, cuando comenzó a matizar la universalidad del falo al explorar su relación con el universo femenino.

Noelia García Neira recoge esta interpretación madura de Lacan, al destacar la disolución de la exclusividad del falo como significante fundamental. Lo femenino no puede reducirse por completo al falo como su único significante, ya que puede escapar de ese paradigma de significación. En este sentido, lo femenino es concebido como un “Otro absoluto –e incluso Otro para sí misma–, como Otro que mantiene para con lo simbólico una relación de diferencia radical” (Cf. García 299; confrontado con Lacan 695). Este planteamiento lleva a una comprensión que trasciende las limitaciones de lo simbólico, aproximándose al

universo del goce, a un estado previo a la diferenciación de satisfacciones propio del principio de placer.

Tal ingreso pone en entredicho la función de lo simbólico, para insertarse, con ello, a una estructura ya no del lenguaje, sino de la lengua, a la cual CPR se encuentra -siguiendo el verso de su poema- enganchada como una madre¹¹. No se trata de que madre y lengua funcionen a contraluz del padre y lo simbólico, sino que la primera relación implica una interiorización en la forma de lo femenino, en una identificación primera de la mujer con otra mujer: su madre. O dicho con mayor precisión: no identificación sino integración, la que acontece en un escape de la represión y en un sumergirse en el inconsciente, cuya posibilidad de emerger se da por medio de la literatura, de la poesía.

Siguiendo la lectura hecha por Noelia García Neira, para argumentar este momento previo al ingreso simbólico, se apoya de la filósofa Julia Kristeva, a quien cita:

Solo al precio de la represión de la pulsión y de la represión continua con la madre, se constituye el lenguaje como función simbólica. En cambio, será el precio de una reactivación de lo reprimido pulsional, materno, como se sostendrá el sujeto del lenguaje poético, para quien la palabra nunca no es exclusivamente signo (263).

El lenguaje como función simbólica se desarrolla a través de la represión de la pulsión y la continua represión vinculada a la figura materna. En contraste, el sujeto del lenguaje poético se relaciona con una reactivación de lo reprimido pulsional y materno, que permite que la palabra adquiera significados más allá de ser exclusivamente un signo lingüístico. Acontecería, de esta manera, un “acallamiento del Edipo”, lo que implica dejar de lado la influencia de su complejo. Con esto se exploraría un momento anterior al proceso de represión simbólica, donde se accedería a una conexión más primaria, vinculada a la dimensión materna, la que permite una satisfacción de la pulsión a través de la identificación entre la madre y la hija.

En este contexto, el sujeto del lenguaje poético puede liberarse de las limitaciones impuestas por la represión simbólica y

¹¹ En referencia a esta diferencia entre lenguaje (asociado a lo simbólico) y lengua (vinculada al universo primario de la madre) Dejbord sostiene: “En las Páginas de *Diáspora* se presenta la resistencia de la mujer a ser «encarcelada» por los mecanismos constrictivos del lenguaje” (111).

del complejo de Edipo, lo que le permite acceder a una expresión más libre que las diseñadas por las convenciones lingüísticas. Esto posibilita que la palabra en la poesía adquiera una riqueza de significados más allá de su función como simple signo, explorando dimensiones más íntimas y primordiales de la experiencia humana.

En este sentido, si la experiencia del exilio en su segundo momento es concebida como posibilidad de castración, este tercer momento, entendido como integración, opera nuevamente de manera doble: la más evidente, es la integración a un país, a sus costumbres y el ingreso a una nueva cotidianidad. Sin embargo, la que se ha revisado acá se hunde en las profundidades, para, de algún modo, reactivar la organización libidinal que hubiera sido posible castrar. Es un abismarse más allá de la represión (paterna, en primer caso; político-militar en el segundo) para integrarse a un momento previo, donde surge la voz poética y, a través de esta, se ingresa al mundo de la madre.

Escribí en una especie de diario que llevaba entonces: «Mientras sufro por el temor a no poder escribir más, en el exilio, escribo. Mientras temo la castración, escribo. Mientras padezco el dolor, el desgarramiento, escribo». Literatura y terapia (*Estado de exilio* 8).

La integración a través de la literatura reorganiza la libido, mediante la cual no opera una nueva castración en la exiliada, sino que la salva. Es lo que posibilita el cuarto momento del proceso exiliar elaborado por CPR: amor.

IV. Amor

*Las ciudades sólo se conocen por amor
y las lenguas son todas amadas.*

CPR

Lo revisado hasta este punto puede ser entendido como un proceso de interiorización a través de las experiencias surgidas en el exilio, lo que posibilita entender la relación entre literatura y terapia, que aparece en la cita anterior. El dolor provocado realiza un corte de la individualidad, la que desarrolla una suerte de hundimiento interior, no para sucumbir frente la realidad traumática

(aunque este riesgo se encuentra latente), sino con el fin de reconducir y reelaborar las energías provocadas por los sucesos vividos.

Se podría comprender la literatura como elemento catalizador que transforma el dolor y el corte en beneficio del sujeto, y en este sentido la literatura no sería fin, sino medio para la superación de la tragedia, tal como acontecería en la terapia. Sin embargo, en este proceso, que se podría pensar como un irse hacia abajo y hacia lo más íntimo, se materializa una superación de las tensiones a través de una reorganización libidinal y, por medio de esta, es el sujeto poético el que ha resultado fortalecido. La ida hacia más atrás del Edipo, la superación de la castración y de la represión (superación por interiorización) hacia una instancia previa, abisal e identificatoria, ya no con el significante falo, sino con aquello lejano y al mismo tiempo cercano, como es el mundo de la madre, conduce a la reelaboración del propio yo, posiblemente esquiado y, ciertamente, abyecto, en favor de una identificación más amplia. Probablemente, junto con las razones dadas por CPR¹², esta sea también una de las causas de que el poemario *Estado de exilio* no se encuentre escrito en primera persona.

La literatura, en este sentido, pierde su condición de medio y más que posibilidad de superación de la experiencia traumática, se convierte en *potencia* superadora, sin la cual no existiría salida del momento traumático ni realización de la obra de arte. En esto comulga también con Freud, cuando describe la acción y la función de la terapia analítica:

Mediante el trabajo de interpretación, que traspone lo inconciente en conciente, el yo es engrosado a expensas de eso inconciente; por obra de la enseñanza, se reconcilia con la libido y se inclina a concederle alguna satisfacción, y su horror ante los reclamos de la libido se reduce por la posibilidad de neutralizar un monto parcial de ella mediante sublimación (414).

Con este encause libidinal se entiende de mejor manera lo dicho con anterioridad, en cuanto a que el enclaustramiento que

¹² “No me interesaba tanto expresar mis sentimientos, mis emociones, sino el fenómeno en sí; miraba el dolor ajeno para dejar de mirar el propio” (Peri Rossi, *Estado de exilio* 9). Este paso de la experiencia personal al plano colectivo es una de las claves hermenéuticas que utiliza Montserrat Escobar Maitret para el estudio que realiza sobre la poeta uruguaya.

supone quedarse anclado en la represión, en última instancia, conduce a un encierro en el yo. Ya sea para sucumbir ante la normatividad impuesta por la figura represiva o bien para luchar abiertamente contra esta, el resultado siempre es el mismo, el anquilosamiento y la falta de fluidez libidinal. En respuesta a esta opción, CPR ve en el movimiento contrario, en el rebajamiento del yo en virtud de converger hacia la energía libidinal, una acción que transforma (salvando) la actividad subjetiva: “de todas las catástrofes, incluida la del exilio, nos salva la libido. Nada se ha perdido definitivamente, mientras no se ha perdido el impulso libidinal” (9).

La operación de salvataje realizada por la libido engloba el proceso exiliar que hemos referido en este artículo. Se tiende a sostener que este procedimiento, en el caso de una artista, corresponde a una sublimación (ya mencionada por Freud en su cita anterior), esto es, a una reconducción de la satisfacción de las pulsiones sexuales en una operación no sexual, cuya valoración social y ética se considera de un mayor valor (cf. Freud *Teoría de la libido* 251). Sin embargo, en el caso concreto visto en este artículo, el de CPR en tanto artista exiliada, parece no ajustarse (al menos no del todo) a este otro proceso.

En el caso de la escritora uruguaya, existe una identificación de su yo con la literatura que permite, al menos, esbozar la hipótesis de que el proceso de creación de la obra de arte implica un mecanismo de modificación de su propio yo, cuestión que activaría el dispositivo inverso, del yo autónomo frente la obra. Acontece una suerte de identificación ontológica entre el yo y la literatura, por cierto, explicitado por la misma poeta: “Yo hago literatura permanentemente, es decir, yo soy un animal literario. Creo que lo soy desde chica. ... Yo creo que la literatura es artificio. Claro, lo que pasa es que para mí el arte es la cosa más importante de la vida. La vida sin arte me parece invivible. Es que yo no puedo” (Pérez-Sánchez 65). Una identificación ontológica, pero no reducible a ningún esencialismo, como destaca en esta misma entrevista CPR, sujeta, como se encuentra, en cambio, a la idea de construcción, de ficción. En este sentido, el yo del que hablamos, no lo podemos reducir a la parcela psíquica donde se sostiene y afirma la conciencia, tornándose esta evanescente. El yo cede frente a la literatura con el fin de diluirse en esta, para, a la vez, afirmarse constantemente en la obra de arte. Por otra parte, la obra de arte deja de ser lo otro del yo, un producto u

objeto. En otros términos: las fronteras del sujeto y del objeto se difuminan, el yo se torna abyecto, propiciando un escape de cualquier forma de identidad.

Recuérdese que, contra la identidad con lo otro, el tercer momento del proceso exiliar había sido concebido como una integración anterior a toda forma de división simbólica y, por tanto, a un momento previo a la estructura subjetiva. En este sentido, la categoría de abyecto desarrollado por Kristeva se ajusta a la condición exiliar, y a la peculiar condición expuesta por CPR.

Lo abyecto, en el pensamiento de la filósofa, es comprendido como una zona difusa que se encuentra en el límite de lo consciente y lo inconsciente, entre lo que está dentro de los límites de la identidad y lo que está fuera de ellos. El ingreso a esta zona se encuentra gatillado por experiencias que provocan aversión o incomodidad, y está vinculado a la pérdida de límites claros entre el yo y lo otro, entre el sujeto y el objeto, no siendo ni uno ni otro¹³ (cf. Kristeva *Poderes de la perversión* 7-9).

La conexión con el exilio resulta patente en la medida que el exilio conlleva la ruptura o la pérdida de fronteras, tanto físicas como anímicas, las que devienen escisiones simbólicas y culturales. La condición exiliar se encuentra en un estado liminal, donde las identidades y pertenencias de todo tipo se ven disueltas. Esta ruptura de los límites conduce a la condición de un sujeto arrojado, abyecto, cuya situación de sujeto se pone en tensión, diluyéndolo, desafiando las nociones tanto de identidad con uno mismo y de pertenencia con los otros¹⁴.

¹³ La categoría de abyecto ha sido recogida por Judith Butler, quien le asigna similares características a las de Kristeva, para referirse a ciertos seres que escapan de la calidad de sujetos “pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos”. (*Poderes de la perversión* 19) Define la categoría de la siguiente manera: “Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas ‘invivibles’, ‘inhabitables’ de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo ‘invivible’ es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos” (19-20).

¹⁴ Fanny Blanck-Cerejido se refiere a la falta de pertenencia de los exiliados en relación con la estructura subjetiva alcanzada mediante el universo simbólico del que hemos hablado: “El exiliado se ve privado de su propia pertenencia. Este sentimiento de pertenencia tiene un aspecto intrapsíquico relacionado con la propia fantasía del sujeto, con las representaciones que tiene de sí mismo, con la construcción de la historia de sus vínculos y con otros aspectos que dependen del lugar, el espacio y el tiempo, así como de un código compartido que conforma un entorno familiar y sociocultural personal y particular” (849).

En este sentido, la categoría de lo abyecto al resaltar la experiencia de estar en un estado liminal, fuera de los límites establecidos, junto con generar sentimientos de repulsión (no es otra cosa la que hace el Estado político con los sujetos exiliados), abre espacios para la reinención de la identidad, que asume un carácter fluido o vaporoso¹⁵. “Constructor de territorios, de lenguas, de obras, el *arrojado* no cesa de delimitar su universo, cuyos confines fluidos –estando constituidos por un no-objeto, lo abyecto– cuestionan constantemente su solidez y lo inducen a empezar de nuevo” (Kristeva *Poderes de la perversión* 16).

La condición de abyecto, de la cual posiblemente el exilio es su forma más preclara de representación, posibilita la libre circulación libidinal que “nos salva”, según las palabras de CPR. La pérdida de rigidez del yo, el diluirse los límites del sujeto y del objeto, de las identidades nacionales, culturales, normativas, lo arroja a la libre disposición de construir sus propias identidades. No se vuelca contra lo firme, sino que propicia los flujos de la libido y del amor. Es por ello por lo que, si bien la experiencia del exilio surge en un comienzo como fracaso y pérdida, el menoscabo del sujeto se convierte en su propia victoria (o venganza), en una potencia que al desestructurar ingresa a una forma diversa de relación con lo otro y de conformación personal.

Es seguro que nuestra venganza será el amor
poder amar, todavía
poder amar, a pesar de todo
a pesar de según sin dónde cómo cuándo (41).

Conclusión

Si el artículo comenzó con la metáfora de la Peste de Tebas, y la tragedia de un insensato Edipo, ciertamente podría terminar con

¹⁵ Esta es la idea desarrollada por Antonia Valera: “En la escritura de Peri Rossi no hablamos de una identidad única, fija, inmutable o permanente, sino de varias identidades que confluyen en el mismo sujeto poético y que, a la vez, se transforman con las vivencias, convirtiéndose así en fluidas, movibles, cambiantes y performativas” (47). Nuestra tesis, con todo, es aún más extrema: abierta e inserta en esa fluidez, hay una pérdida de la condición de sujeto. Ciertamente existe un *yo* poético, pero este yo se encuentra diluido en la experiencia literaria, no pudiendo ser, en ningún caso un sujeto, un sub-jectum autónomo, desligado de la fluidez libidinal que lo conecta con la esfera inconsciente de su ser.

su devenir abyecto al final de la tragedia, para luego continuar su exilio en Colono. Cargando con su propio destino, Edipo buscará reconciliarse consigo mismo y con los dioses. Ciego por voluntad propia, comenzará a mirar de otra manera¹⁶. Al comienzo de *Edipo en Colono*, tenía que ser guiado por su hija Antígona, pero tras el transcurso de la obra, donde interiorizará su sino, podrá ser él el guía y conducirse solo al lugar donde luego morirá. Si bien el exilio de Edipo se debe a su propia culpa por las acciones realizadas, a diferencia de las violencias de corte fascista de las dictaduras latinoamericanas, algo semejante acontece en la obra *Edipo en Colono* y lo analizado en este artículo: interiorizada la represión, consciente de los peligros de la castración, asumido el destino personal, podrá acceder a otro orden de la realidad.

El proceso, como se ha visto, es el de rebajamiento coercitivo del sujeto, del intento de su anulación no solo política sino también ontológica, de acabamiento del universo simbólico que determinaba su identidad. Perdido este, deberá sobrevivir y adaptarse a uno nuevo, o bien, realizar una maniobra como la revisada: afirmar la disolución subjetiva en favor de una reorganización de la libido, en la que las formas estáticas y anquilosadas de la dualidad entre el sujeto y el objeto se diluyan.

El itinerario de cuatro momentos realizado es el descrito por la propia poeta uruguaya: “dolor-castración-integración-amor a la ciudad adoptiva” (10). En nuestra lectura hemos elaborado una ampliación de este último momento, aunque ciertamente ello signifique forzar la propia intención de la autora, quien específica la ciudad concreta a la que le habla, a la que dedica dos poemas incluidos en el libro. La intención de esto no ha sido violentar una interpretación, sino que maximizar el proceso, pues si la venganza de los últimos versos transcritos anteriormente se ha podido concretar, si la ciudad de acogida ha podido volverse amada, si se ha podido amar su lengua (“arcaica / donde otoño es femenino / *la tardor*” [75]), es gracias a la difuminación del sujeto, mediante la cual el proceso no es de adaptación a una otredad resistente, sino de integración amorosa.

¹⁶ Sobre esta otra manera del mirar y la conexión entre el mundo clásico y el psicoanálisis, cf. Arias.

Bibliografía

Arias Krause, Juan Ignacio. “La mirada de Tiresias”. *Revista Co-gency*, nº 2, vol. 15, 2023, pp. 5-18.

Blanck Cerejido, Fanny. “Exilio y migración”. *Revista de psicoanálisis*, nº 2, vol. 69, 2012, pp. 843-886.

Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires, Paidós, 2002.

Calvo, Beatriz. “Identidad y exilio en el poemario Estado de exilio de Cristina Peri Rossi”. *Romanitas, Lenguas y Literaturas Romanas*, nº 2, vol. 3, 2009, s/n. Recuperado a partir de https://romanitas.uprrp.edu/vol_3_num_2/calvo.html

Calafell, Núria. “Atopías de ficción. El tratamiento del exilio en la narrativa breve de Cristina Peri Rossi”. *Etudes romanes de Brno*, nº 2, vol. 30, 2009, pp. 129-139. Recuperado a partir de <https://digilib.phil.muni.cz/sites/default/files/pdf/114792.pdf>

Cánepa, Gina. “Claves para una lectura de una novela de exilio: La nave de los locos de Cristina Peri Rossi”. *Anales*, nº 1, 1989, pp. 117-130.

Cid Hidalgo, Juan. “Exilio y migración en La nave de los locos de Cristina Peri Rossi: Un viaje por los espacios otros”. *Co-herencia*, nº 17, vol. 9, 2012, pp. 51-70. Recuperado a partir de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1794-58872012000200003

Dejbord, Parizad Tamara. *Cristina Peri Rossi: escritora del exilio*. Buenos Aires, Galerna, 1998.

Díaz-Dávalos, Ángel. “Equis es igual a género, exilio y colonialidad: La nave de los locos de Cristina Peri Rossi”. *Bulletin of Hispanic studies*, nº 9, vol. 95, 2018, pp. 1013-1029.

Escobar Maitrett, M. “Cristina Peri Rossi: voz sobre el exilio”. *Amoxcalli, Revista De Teoría Y Crítica De La Literatura*

Hispanoamericana, 6 (12), 2023, pp. 143-168. Recuperado a partir de <http://rd.buap.mx/ojs-dm/index.php/amox/article/view/1210>

Felber-Villagra, Nelda. “El fantasma del exilio en el psicoanálisis”. *Revista cubana de psicología*, n° 1, vol. 14, 1997, pp. 47-59.
Fernández Víttores, David. *El español: una lengua viva. Informe 2022. Anuario del Instituto Cervantes*. Madrid, Instituto Cervantes, 2022.

Freud, Sigmund. “Conferencia de introducción al psicoanálisis (parte III)”. *Obras completas, tomo XVI*. Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

Freud, Sigmund. “«Teoría de la libido»”. *Obras completas, tomo XVIII*. Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Gampel, Yolanda. “Figuras del exilio: la constitución de la diferencia. Inclusión, exclusión, exilio”. *Psicoanálisis*, n° 1 y 2, vol. XL, 2018, pp. 61-74.

García Neira, Noelia. “Lo femenino en debate. Acuerdos y controversias entre J. Lacan y el movimiento feminista”. *VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXIII Jornadas de Investigación, XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Buenos Aires, Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, 2016.

García Vázquez, Cristina y Aarón Saal. “Exilio y psicoanálisis”. *XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Catamarca, Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, 2019.

Giannini, Humberto. *La “Reflexión” cotidiana*. Santiago de Chile, Universitaria, 1987.

Guinsberg, Enrique. “Migraciones, exilios y traumas síquicos”. *Política y cultura*, n° 23, 2005, pp. 161-180. Recuperado a partir de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=SO188-77422005000100010&lng=es&tlng=es.

Grinberg, León y Rebeca Grinberg. *Migración y exilio. Estudio psicoanalítico*. Madrid, Biblioteca nueva, 1996.

Kristeva, Julia. “El tema en cuestión: el lenguaje poético”. Lévi-Strauss, Claude. *Seminario La identidad*. Barcelona, Petrel, 1981.

Kristeva, Julia. *Poderes de la perversión*. México, Siglo XXI, 2010.

Lacan, Jacques. *Escritos 2*. México, Siglo XXI, 2009.

Moliner, María. *Etimologías esenciales de la lengua española*. Madrid, Gredos, 2013.

Moraña, Mabel. “La nave de los locos de Cristina Peri Rossi.” *Texto Crítico*, nº 34-35, 1986, pp. 204-213.

Nancy, Jean-Luc. “La existencia exiliada”. *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, nº 26-27, 1996.

Nasio, Juan David. *El Edipo. El concepto crucial del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós, 2015.

Pérez-Sánchez, G. “Entrevista”. *Hispanamérica*, nº 72, 24, 1995, pp. 59-72.

Peri Rossi, Cristina. *Estado de exilio*. Madrid, Visor, 2003.

Peri Rossi, Cristina. *Poesía reunida*. Barcelona, Lumen, 2005.

Perse, Saint-John. “Exilio”. *Anábasis y otros poemas*. Barcelona, Orbis, 1983.

Popea, Marina. “Exilio, sujeto lírico y lenguaje en la poesía de Cristina Peri Rossi”. *Meridional. Revista Chilena De Estudios Latinoamericanos*, nº 5, 2015, pp. 179-206.

Roffé, Reina. *Conversaciones americanas*. Madrid, Páginas de espuma, 2001.

Sófocles. “Edipo rey”. *Tragedias*. Madrid, Gredos, 2000.

Valera, Antonia. “El exilio en la poesía de Cristina Peri Rossi desde un enfoque de género”. *El Genio Maligno: revista de humanidades y ciencias sociales*, n^o 22, 2018, pp. 42-48.